

solitarios hicieron su oracion y le obligaron á salir del cuerpo de aquella jóven. Pronto lo abandonó ; pero fué agi-tándola con tanta violencia que la dejó tendida en el suelo como muerta. Los santos la levantaron y la devolvieron á su padre, perfectamente sana de cuerpo y alma.

La evidencia de este prodigio hizo tanta impresion en el pueblo, que había acudido en tropel, que quedó dispuesto á abrazar sin mucha dificultad la fe de Jesucristo. La hija que había sido curada, su padre y todos los paganos que se ha-llaban presentes, se postraron á los pies de aquellos nuevos apóstoles, y les suplicaron que les enseñase lo que debian hacer para salvarse. Su ejemplo arrastró á todos los habi-tantes que quedaban en la isla. Recibieron ávidamente las instrucciones que los Santos les hicieron, y abrazaron la fe con un ardor tan vivo, que al mismo instante se hicieron bautizar, derribaron su templo, y edificaron en su lugar una iglesia á Jesucristo.

De esta manera, dice Sócrates, estos hombres admira-bles, á los que tan cruelmente se trataba por la fe de la consubstancialidad, crecian en mérito delante de Dios, san-tificaban á los demás y establecian la verdadera creencia que sus enemigos habían querido destruir persiguiéndo-les.

El rumor de este maravilloso cambio llegó pronto á Ale-jandría. Lucio al saberlo quedó sobrecogido de terror, y poco faltó para que los mismos que eran de su partido se sublevasen contra él, considerando que al declarar la guerra á aquellos siervos de Dios, la había declarado á Dios mismo. De suerte que temiendo consecuencias más molestas, ordenó secretamente que volviesen á llamar á aquellos bienaven-turados desterrados, y que se les dejase volver en libertad á sus soledades.

EL DESIERTO DE LAS CELDAS Y SAN MACARIO DE ALEJANDRIA ¹

El desierto de las Celdas ó Celditas fué llamado así á causa del gran numero de celdas que en él se habían edi-ficado. Este desierto no distaba de Nitria más que dos ó tres leguas.

San Macario de Alejandría á quien se llama el Jóven para distinguirle de San Macario de Egipto, el Viejo, del cual ha-blaremos en otro lugar, se hizo allí tan célebre como este lo fué en el desierto de Sceté. Su nombre, que en griego significa *bienaventurado*, podría ser aplicado á todos los solitarios, que en los trabajos de una vida dedicada á la renunciacion de sí mismo, á la más rigurosa penitencia y á la práctica de las virtudes, gustaron felizmente las dulzuras de la vida espiritual, y aquella paz inestimable que el mundo no conoce, y que sobrepuja, como dice san Pa-blo, todo consuelo humano. Pero sin detenernos en esta interpretacion, que nada importa á la historia, podemos decir á favor del Santo del cual hablamos, que si llevó este nombre como suyo propio, respondió á él tambien por la felicidad de una vida santa, y que fué una de las más ad-mirables que la historia monástica nos ha propuesto.

Era oriundo de Alejandría, en donde su profesion fué en un principio vender anises y frutos ; lo cual no impidió el que se le diese tambien el título de ciudadano de aquella ciudad. No moró en ella mucho tiempo ; pero el grande amor que tenía á la soledad le llevó á irse junto á San An-

¹ *Vit. PP.*, Casiano, Tillemont, Cotelier.

tonio, al cual escogió para su director en los primeros años de su retiro. Léese en el *Martirologio* de los Coptos, que este Santo le dió el habito monástico y le predijo lo que le acontecería durante el curso de su vida. En efecto, Dios manifestó desde entonces al santo abad por una evidente maravilla, que destinaba á Macario para grandes cosas. San Antonio había hecho en una ocasion un gra acopio de ramas de palmera para hacer esteras. Como eran muy hermosas, Macario le suplicó que le diese algunas. El le respondió: « Está escrito: *No deseareis los bienes de vuestro prójimo.* » Pero apenas hubo terminado estas palabras, cuando las ramas se pusieron tan secas como si el fuego hubiese pasado por ellas. San Antonio, admirado de este prodigio, le dijo: « Comprendo que el Espíritu, Santo descansa en vos. Os consideraré en adelante como el heredero de las gracias con que Dios se ha dignado favorecerme. »

Encontróse algun tiempo despues en su soledad grandemente debilitado, sin duda por sus grandes austeridades, y haciendo el demonio alusion á aquellas palabras de San Antonio, le dijo: « Puesto que has recibido la gracia de Antonio, ¿ porqué no usas de ella para obtener de Dios el alimento y las fuerzas, á fin de que puedas marchar por el camino que tienes que hacer? » Pero él le rechazó con aquellas palabras: « El Señor es mi fuerza y mi gloria; y en cuanto á tí no te poropongas tentar á [su siervo. » [Esto no impidió que aquel espíritu de malicia viniese de nuevo á tenderle un lazo. Tomó la figura de un camello cargado de víveres, y fué á pararse junto á él. Macario sospechó sin dificultad que esto era una ilusion de su parte. Púsose en oracion, y al instante se abrió la tierra y se tragó al fantástico animal.

A los primeros años de su profesion monástica se refiere lo que de él se dice, que durante cuatro meses fué todos los dias á visitar á un hermano, sin poderle hablar, por-

que siempre le hallaba en oracion. Lo cual le hizo decir en un sentimiento de admiracion: He ahí verdaderamente un ángel de la tierra.

Despues de haber recibido y haberse aprovechado de las instrucciones de San Antonio, dejó la Tebaida y se fué al desierto de Sceté. Fué el primero que edificó allí un monasterio, si hay que dar fé al autor del sexto libro de la *Vida de los Padres*. Es cierto que había tenido allí una celda en la que se encontró frecuentemente con San Macario de Egipto. Tuvo tambien otra en Libia y otra en Nitria; pero su principal morada fué en el desierto de las Celdas, en el que ejerció las funciones del sacerdocio, habiendo sido ordenado de sacerdote poco tiempo despues del otro San Macario.

Estas diferentes celdas eran más á propósito para satisfacer su amor á la penitencia, que para librarle de las injurias del aire; porque las unas estaban sin ventanas y pasaba en ellas toda la cuaresma sentado en la oscuridad; y la otra era tan estrecha que no podia tenderse en ella del todo á lo largo. La de Nitria era la más espaciosa, porque no iba a ella sino para aquellos que iban á la misma con el fin de hablarle.

Aun cuando su amor al recogimiento le hubiese fijado con preferencia en el desierto de las Celdas, nada extraordinario pasaba en los desiertos vecinos sobre todo en el de Nitria, en que no se le llamase para determinar lo que debía hacerse, puesto que los ancianos de aquellos desiertos obraban todos de concierto para el aprovechamiento espiritual de los solitarios de su dependencia.

San Macario se distinguió principalmente por su penitencia, por su amor á la soledad y á la oracion, y por el poder que Dios le dió por el espíritu de tinieblas, y por otros prodigios que obró, atestiguados por sus historiadores en su cualidad de testigos oculares.

Vimos que las diferentes celdas que tenían, eran moradas de mortificación más bien que cómodos alojamientos. No había austeridades que los otros practicasen, que él no intentase hacerlas mayores. Habiendo sabido que un solitario no comía más que una libra de pan al día, tuvo el pensamiento para mejor mortificar su apetito, de romper su pan en pequeños pedazos, que puso en una botella de tierra, y no comer de él más que el que podía tomar con los dedos, lo cual practicó por espacio de tres años, no sin sufrir mucho por esta causa; porque á más de la pena que tenía en sacar aquellos pequeños pedazos, no comía á lo más sino cinco onzas de pan al día, y no bebía el agua sino con esta misma proporción.

Con tanto despues esto á algunos solitarios, deciales agradablemente (porque era muy alegre en la conversacion): « Yo ya tomaba algunos pedazos; pero el cuello de la botella era tan estrecho que no podía sacarlos; y sin embargo era necesario sacar algunos, porque mi alguacil (entendía su cuerpo) no me permitía no comer absolutamente nada. »

Adviértese tambien que durante todo un año, no consumió más que un cantarito de aceite. Pasaba tambien algunas veces el día sin tomar alimento, aun cuando trabajaba mucho. Habiendo ido con otros solitarios más jóvenes que él á cortar ramas de palma con que hacian sus trabajos, le rogaron el primer día que comiese con ellos; lo cual hizo por condescendencia por espíritu de caridad. Pero como al día siguiente quisieran de nuevo rogárselo, él se escusó, diciendo que bien veía que ellos tenían necesidad de esto porque no eran bastante fuertes para sostener un trabajo penoso sin comer nada; pero que él podía pasarse sin esto. Era necesario que fuese muy avanzado en edad porque al hablarles así, les llamaba hijos suyos.

Dijéronle que en Tabennes los discípulos de San Paco-

mio no comian nada cocido durante la cuaresma, y él quiso hacer lo mismo durante siete años, no alimentándose sino de yerbas crudas ó de legumbres mojadas solamente en agua fria. Pero su fervor le llevó á ir á reconocer por sí mismo la disciplina de Tabennes ya para mejor instruirse y edificarse, ya para vivir allí confundido entre tantos austeros religiosos, y librarse por ahí de la veneracion que le tenían en Nitria y en las Celdas.

El trayecto de allí á Tabennes era muy largo y era necesario atravesar mudros desiertos, no sin mucho sufrimiento. Pero esta dificultad no le detuvo. Quitóse su hábito para no ser conocido, y tomó el de un hombre que se gana la vida con su trabajo, y marchó durante quince días por aquellas terribles soledades hasta la Alta-Tebaida, en donde se presentó á la puerta del Monasterio de San Pacomio, al cual rogó humildemente que le recibiese en el número de sus religiosos. El santo abad á quien Dios no se lo dió entonces á conocer, aun cuando le esclareció en muchas otras ocasiones con una luz profética, muy lejos de acceder á su demanda, le dijo que era demasiado entrado en edad para sostener el peso de las austeridades de su regla; que era necesario estar ejercitado en ella desde joven; y que si la emprendia, sería tentado de impaciencia en los trabajos con que le sobrecargarían, lo cual le llevaría á murmurar, y que finalmente en vez de perseverar lo abandonaría todo descontento del monasterio, é iría á desacreditarlo en otras partes.

Esto no le descorazonó. Perseveró durante siete días en la misma peticion, aun cuando no recibió del Santo sino la misma respuesta, y estuvo todo aquel tiempo sin comer. Finalmente le dijo: « Os suplico, Padre mio, que me recibais; y si yo no ayuno y no hago lo mismo que los demás, consiento que me despidais. » San Pacomio, movido por su perseverancia, habló de ello á los demás hermanos, los

cuales, segun Paladio, eran en número de mil cuatrocientos, y convinieron en admitirle.

Sucedió esto poco antes de la cuaresma; y San Macario, atento á todo cuanto se hacía para hacerlo servir para su aprovechamiento espiritual, observó que los religiosos, siguiendo cada uno el ardor que tenían por la penitencia, se habían propuesto, los unos no comer más que por la noche durante la santa cuaresma, los otros una vez cada dos días, y los otros cada cinco días. Observó también que algunos, despues de haber permanecido todo el día sentados, ocupados en su trabajo, pasaban toda la noche en pié.

Estos ejemplos de mortificación animaron de tal manera su fervor, que hizo empapar en agua una gran cantidad de hojas de palma y permaneció en pié en un rincón aplicado al trabajo durante toda la cuaresma, sin jamás sentarse ni siquiera apoyarse, sin tomar un bocado de pan, sino solamente el domingo algunas hojas de col del todo crudas, y en tan pequeña cantidad, que las comía más bien para evitar la tentación de vanidad que para alimentarse. Guardó durante todo este tiempo un riguroso silencio y cuando se veía obligado á salir, volvía al instante á su trabajo, conservando siempre su espíritu y su corazón levantados hácia Dios.

San Pacomio, ocupado en el gobierno general de la Orden, no se había apercebido del modo cómo había vivido. Pero los demás religiosos y sobre todo los que eran más austeros se habían fijado en ello, y quedaron tan movidos con esto, que llevaron sobre este punto sus quejas á su abad, diciendo que les había traído un hombre que vivía como si no fuera un puro espíritu, sin carne y sin huesos, y que solo parecía haber venido entre ellos para condenarles. Rogáronle por consiguiente que le despidiese, y confesaron que si él se quedaba más allí, ellos no podían quedarse por más tiempo.

El santo abad, al oír estas quejas, informóse de los detalles de su conducta. Quedó sorprendido al oírlos; y comprendió que había algo extraordinario en aquel desconocido y que no era este un principiante en los trabajos de la vida religiosa. Nada le dijo sin embargo; pero recurrió á la oración, para obtener de Dios que se lo diese á conocer. Fué revelado que era Macario, cuya reputación estaba extendida por todos los desiertos. Despues que hubo terminado su oración, se fué derecho á él, tomóle por la mano, llevóle á la capilla en donde estaba el altar, y abrazándole tiernamente, le habló de esta manera: « ¿ Sois pues vos, oh venerable viejo? Vos sois Macario y me lo habeis ocultado. Hace mucho tiempo que he oído hablar de vos y que descaba veros. Os debo acciones de gracias por haber humillado á mis hijos. Vos les habeis quitado con vuestro ejemplo todo motivo de hincharse de vanidad y de tener sentimientos demasiado adelantados de sí mismos á causa de sus austeridades. Os suplico que volvais á vuestra soledad, y rogueis por nosotros.

Antes de que se retirase, San Pacomio le suplicó que le dijese si debía reprender á los religiosos que no estaban bien regulados; y él le respondió: « Castigad segun las leyes de la justicia á los que están sometidos á vuestra disciplina. En cuanto á los demás, no les juzgueis ni les condenéis; porque está escrito: *¿ No juzgais á los que son de los vuestros? Pero á los que no lo son, Dios es quien les juzga.* (I. Cor. 5, 13) ¹.

Esta hombre insaciable de penitencias se propuso un día combatir el sueño, para probar si podría superarlo. Contá-

¹ No se sabe qué edad podía tener San Macario cuando fué á Tabennes. Tillemont dice que solo tenía cuarenta y cinco años ó poco más ó menos. Sin embargo San Pacomio, negándose á recibirle, alegó por razón que era demasiado entrado en edad; y cuando Dios se lo hubo dado á conocer, le llamó *venerable viejo*.

balo despues á Paladio, y le decia : « Yo pasé por este motivo veinte dias y otras tantas noches al descubierto ; siendo quemado durante el dia por el calor, y transido de frio durante la noche. Pero al final de este tiempo me ví obligado á echarme prontamente en una celda en la que me dormí, sin lo cual hubiera caido desfallecido. »

El enemigo de la salvacion le dió en otra ocasion por medio de tentaciones contra la pureza con que le asedió, ocasion de practicar una terrible mortificacion. Él se fué á la laguna de Sceté á exponerse desnudo á los mosquitos cuyos agujones en aquel punto son tan penetrantes que la misma piel de los jabalies no está hecha á prueba de sus picaduras. Practicó esta penitencia durante seis meses, y aquellos insectos cubrieron su cuerpo de tantas pústulas y ampollas, que cuando volvió á su celda no se le pudo reconocer sino por el sonido de la voz, y muchos creyeron que tenía la lepra.

Otro acto de mortificacion, mucho menor que este, y que cuenta Paladio, nos dá á conocer al mismo tiempo cuán fieles eran en sacrificar á Dios las satisfacciones de los sentidos los religiosos que tenia bajo su disciplina. Es este un ejemplo de los más edificantes y que merece ser referido, aun cuando sea comun al Padre y á los discípulos.

San Macario tuvo en cierta ocasion deseos de comer uvas. Diólo á conocer y al instante le llevaron un racimo completamente fresco ; pero cuando lo vió, quiso privarse de él y, juntando la caridad á la abstinencia, hizolo llevar á un hermano que creia tener más necesidad que él, porque no gozaba de una gran salud. Este mostró al principio alegria con este presente, que le era enviado por un hombre tan santo ; pero aun cuando hubiera deseado mucho comerlo, hizo de él el sacrificio á Dios, á quien dió acciones de gracias y lo llevó á otro el cual, igualmente mortificado y caritativo, no lo tocó, y llevólo de esta manera tambien

á otro que hizo lo mismo. Finalmente este racimo de uvas fué asi llevado de mano en mano por todas las celdas del desierto, que eran en gran número y bastante apartadas unas de otras, hasta que el último al que fué ofrecida, lo envió á San Macario como un presente que le seria agradable, ignorando que lo habia recibido antes que todos los demás.

El Santo reconoció pronto el racimo ; pero quiso asegurarse mejor ; y cuando supo que había pasado por todas las celdas sin que ningun hermano lo hubiese tocado, experimentó una gran alegria y dió gracias á Dios al ver tanta mortificacion y caridad en aquellos santos solitarios. Él no quiso tampoco comerlo, y esto le sirvió de motivo para practicar los ejercicios de la vida espiritual con nuevo ardor.

Cuanto más este grande hombre se levantaba sobre los sentidos por la práctica de la penitencia, más gustaba tambien de la dicha de estar con Dios sin reserva, y esto le hacia tan penoso el comercio de las criaturas y tan querida la soledad, que habria querido encontrar un desierto inaccesible al resto de los hombres para vivir allí solo con solo Dios. Con este objeto se adelantó hasta los lugares más apartados que pudo hallar en las tierras inhabitables, y llegó por último á un lugar sumamente en el desierto, en el que encontró ruinas de un antiguo edificio y un terreno diferente de los demás por su situacion y fecundidad. Paladio, que cuenta esto, asegura haberlo aprendido de su boca, y fundados en este testimonio, lo insertamos aquí, aun cuando lo que él dice parezca sorprendente.

Había en Egipto una tradicion segun la cual dos hermanos Jannés y Mambré, célebres por su mágia en los tiempos de Faraón y de Moisés, habían hecho edificar en el fondo del desierto un soberbio edificio para servirles de sepultura, en el que habían hecho enterrar una gran canti-

dad de oro, y que este edificio estaba encerrado en un parque lleno de toda clase de árboles cargados de excelentes frutos, imaginándose que despues de su muerte gozarian en aquel lugar de recreo de una vida de delicias; y que finalmente aquel jardin estaba guardado por los demonios á los cuales parecía que aquellos encantadores habian pegado su arte mágica.

Ya sea que esta tradicion fuese ó no fundada, ya sea que no fuése mas que un artificio de los espíritus malignos que con este rumor querian impedir que los solitarios no se extendiesen más por aquella parte, así como ocupaban los otros desiertos, habiendo San Macario oido hablar de esto como los demás, quiso asegurarse de ello; á más de que yendo allí, esperaba encontrar algun lugar solitario, que mejor que otro ninguno favoreciese su aficion á la soledad.

Como ignoraba el camino que conducia allá, y como ni siquiera habia ruta señalada, atravesó el desierto guiándose por el curso de los astros como lo hacen los pilotos en el mar, y plantando cañas en cada milla que andaba, para guiarse más seguramente á la vuelta.

Despues de nueve dias de marcha, encontróse á una milla solamente de aquel monumento; y como era ya á la entrada de la noche, y estaba sumamente fatigado, acostóse en tierra y se quedó dormido. Pero el demonio que siempre vela, recogió todas las cañas que habia plantado para indicar su camino, y las puso todas juntas atadas junto á él mientras dormía como para insultarle, permitiéndolo Dios así á fin de que no colocase él la esperanza de su vuelta más que en su divina proteccion.

A medida que se acercó al parque, unos espíritus malignos le embistieron bajo diferentes figuras, lanzando gritos y moviendo zaragata. Ellos le reprochaban de que viniere á atacarles hasta en su misma guarida, despues que

sus monges habían ocupado los otros desiertos por los que ellos andaban antes en completa libertad; y le dijeron finalmente que, puesto que él hacia profesion de ser solitario, se contentase con su soledad, sin invadir la suya.

Yo no quiero, respondió el intrépido siervo de Dios, sino ver este lugar; despues de lo cual me retiraré. Entró en él efectivamente, á pesar de sus amenazas, inutilizándolas Dios que le protegía; y entre otras cosas encontró un cántaro de cobre, medio comido por el tiempo, suspendido á un pozo con una cadena de hierro, granadas vaciadas y desecadas por el sol, y algunos vasos de oro que habian sido consagrados á los demonios.

Salió de este lugar con la misma seguridad con que habia entrado; pero no habiéndole bastado para su vuelta el pan que habia traído consigo, se encontró en gran necesidad y fué tentado de impaciencia. Mientras pasaba esta pena, vió delante de sí á la distancia de un estadio, ó ciento veinte y cinco pasos, á una persona vestida con una toca de lino, llevando un vaso del que se caia el agua, y que con esto parecía invitarle á que se acercase á ella para refrigerar su sed; pero estuvo andando tres dias con la esperanza de alcanzarla, sin que lo pudiese lograr; porque siempre la veia delante de sí á la misma distancia. Por último, despues de aquellos tres dias, encontró algunas vacas, una de las cuales, que tenía un pequeñuelo y de cuyas ubres goteaba leche, se pasó frente á frente de él y le dejó que se saciase con su leche. « Yo satisfice á mi necesidad, decía el á Paladio, contándole esto, y para aumentar Dios sus favores y dar á conocer mejor á un hombre flaco y miserable como soy yo la confianza que debo tener en su auxilio, mandó á aquella bestia que me siguiese hasta muy cerca, á lo cual obedeció ella y me alimentó siempre con su leche, sin permitir á su pequeñuelo que la mamase. »

El Santo contó pues á los hermanos lo que habia visto,